

## VELUT UMBRA

RAMÓN LOUREIRO

**S** Tal vez a lápiz

í, también eso es cierto: lo que verdaderamente nos pertenece, lo que nadie podría arrebatarnos incluso en el supuesto de que nosotros mismos lo olvidásemos, es nuestro pasado. Un pasado del que, con cierta frecuencia, también van formando parte los recuerdos de aquello que jamás sucedió, pero que al menos soñamos: fragmentos de memoria impregnados en esa forma de verdad del todo libre que es la que existe por sí misma y en nosotros, sin precisar de nadie más ni de nada. Yo recuerdo muy bien, por ejemplo, haber visto, a lomos de sus dromedarios, a los Reyes Magos, cosa que no fue fruto de mi imaginación, sino lo más real de cuanto me ha pasado. Pero como eso ya no es la primera vez que lo cuento, no volveré a repetirlo ahora. En especial por estar, como estamos, un tanto lejos de toda Epifanía; a día de hoy, aún a las puertas de mayo. Recuerdo, también —¿cuántos años han pasado...?—, el día que conocí a Torneiro, a Manuel Álvarez Torneiro. El poeta, que por aquel entonces aún ejercía el periodismo, estaba revisando en silencio, en Cuatro Caminos, un texto escrito a máquina. Sus ojos no pestañeaban. Ni se movía, tampoco, el folio en sus manos. Tras él estaba la ventana. Una ventana que tenía la noche al otro lado de sus cristales. El caso es que en este preciso instante, estando como estoy profundamente conmovido por la lectura del nuevo poemario que acaba de publicar Torneiro, su magnífico *Onde nunca é mañá*, una obra de conmovedora belleza y de profundidad inigualable que nos permite dialogar abiertamente con esos rincones de nuestra alma a los que no podríamos llegar sin alguien que —conociendo bien el camino y convertido en versos— nos acompañase, es cuando me da por pensar que quizás aquel día, con la noche caminando por los relojes del periódico, guardaba él algún poema en el bolsillo, quien sabe si escrito a lápiz. Y supongo que así sería. No creo estar, esta vez, equivocado. Hay que darle las gracias al Cielo por Torneiro. Sin él, hijo de la misma estirpe que Luz Pozo Garza, Darío Xohán Cabana y todos los hacedores de milagros, ni podríamos intuir, siquiera, la verdadera esencia del enigma sin fin que, con memoria o sin ella, habitamos.

## «LOS EXTRAÑOS» [ VICENTE VALERO ]

**Un viaje nostálgico a la memoria**

«NINGUNA BIOGRAFÍA, POR BREVE QUE PUEDA LLEGAR A SER, CARECE DE LABERINTOS: ENTRAR EN ELLOS CONLLEVA EL PELIGRO DE NO SABER SALIR»

**ELENA MÉNDEZ** | Extraños cercanos, casi íntimos. Vicente Valero habla en primera persona de esos familiares diferentes que se alejaron un día de la casa paterna para regresar en la memoria de los suyos como fugitivos recordados. Estrellas fugaces que deslumbran un momento para luego caer en el olvido. Historias interrumpidas de las que se conoce el principio y se adivina el final, aunque queden algunos vacíos por descubrir. El poeta Valero, en su primera intrusión en la novela, recrea para nosotros cuatro vidas distintas con una sencilla narrativa que raya la poesía. Es su voz la que nos muestra la biografía reconstruida de estos cuatro personajes con el hilo común de la aventura, el desafío a lo establecido, el extrañamiento.

El teniente Pedro Mari Juan es el primero en surgir de esa niebla de recuerdos. Un aviador que conoció en Cabo Juby, a Saint-Exupéry, el autor de *El principito*, quien por entonces era piloto de la Aeropostale. Valero imagina para nosotros una vida de la que apenas sabe nada e incluso viaja

a Cabo Juby para encontrar unas ruinas tan poco habladoras como su memoria familiar. Entre la nostalgia y la duda el personaje cala en nuestros sentimientos más por lo que calla que por lo que revela.

El siguiente extraño es tío Alberto, ajedrecista profesional dado por muerto que regresa repentinamente a la vida de la familia y dejará en ella una huella permanente. Su don para el tablero, que aprendió de la mano de Miguel Najdorf, jugador de origen polaco que logró el título de Gran Maestro Internacional del ajedrez, y sus historias de otros mundos le convierten en un personaje peculiar y algo estrambótico.

«Sé que hubo un artista, un hombre más bien pequeño, ágil y guapo, que bailaba, un hombre alegre, amanerado, de grandes ojos y manos muy blancas». Así nos presenta al tercer personaje, el bailarín Cervera. Tras huir de su Ibiza natal a los 16 años para seguir su vocación vital y profesional, volverá a sus vidas con ánimo de quedarse. Sus postales optimistas recobradas del pasado son los pedlaños que reconstruyen una vida.

Cierra la serie la historia del comandante Chico. Un comandante republicano, aficionado al yoga y vegetariano, que se vio obligado al exilio. Valero viajará al pueblo francés de Lisle-sur-Tarn, donde se halla enterrado. «La tumba del comandante Ramón Chico, con los restos suyos que pueda haber en ella todavía,



es ahora mía, como dejan bien claro los papeles sellados que me llevo del Ayuntamiento de Lisle-sur-Tarn». Es el narrador que entra en escena.

Imágenes y paisajes lejanos se cuelan a través de la ventana de la casa familiar ibicenca desde la que Valero escribe. Son fotos en sepia, vidas que regresan bajo su pluma delicada para presentarse ante nuestros ojos bañadas de nostalgia. Historias de lo que pudo ser y lo que tal vez fue. De lo recordado, de lo contado, de lo soñado. Cuatro perfiles que jamás se olvidan. Es literatura, es memoria. Todos tenemos extraños.



## «ÉLISA» [ JACQUES CHAUVIRÉ ]

**Enamorarse de la vida entre la desolación**

**BEA ABELAIRAS** | Hay espacios literarios y vitales que conducen por senderos contruidos con ilusión y desolación a partes iguales. O quizá con mucha más pena, pero que no es capaz de sobrevivir a la vitalidad del protagonista. Errata Naturae cuenta con toda una colección dedicada a estas historias duras, temblorosas, pero alentadoras.

*Élisa* es una entrega más y narra la experiencia del autor, que a los cinco años se enamoró de una criada que llega a su casa casi por error y sin

haber sido requerida. La mujer trae luz a un hogar en el que solo se llora la muerte de una persona que es marido, hijo y padre en los años 20. Algo similar a un barco sin rumbo es esa vivienda en la que, sin embargo, un pequeño corazón late acompasado con el amor que siente hacia la nueva criada, pero sobre todo hacia la vida.

Así lo proclama el autor en muchos pasajes de este libro breve y redondo: «Había aprendido a leer. Algunas palabras me gustaban mucho.

Mi predilecta era, creo, lluvia. Al principio me costó leerla, pero sus vocales húmedas le daban belleza y dulzura. Luego venían las que evocaban el agua en movimiento. Eran palabras plateadas, pero con una luminosidad muy cambiante a medida que el agua corría de lo umbrío al sol. «Sol» no estaba nada mal, aunque para mi gusto, sonaba demasiado fanfarrona. El agua era mi mejor amiga, especialmente porque yo solía tener sed. Sed de mi madre también y, pese a todo, todavía de *Élisa*».

